DOSSIER

autismo y psicomotricidad: una ventana a la comunicación

GABRIELA ZAVALA

Pedagoga, psicomotricista

"Los espejos no cambian ante aquello que reflejan, los terapeutas, sí" (Anne Álvarez)

El desarrollo psicomotor del niño no se enseña. La primera vez que oí esta frase me provocó.

Este artículo es un intento de reflexión sobre el trastorno autista y las posibilidades de la *práctica psicomotriz* como posible espacio de acompañamiento.

Para recorrer este camino creo que es conveniente empezar por la definición de ciertas nociones básicas que permitan una comprensión mayor de lo que este trastorno constituye.

Acercándonos al mundo autista

La mayoría de los autores que han escrito sobre el tema coincide en definir el autismo como un trastorno de la intercomunicación y de la interrelación, con una marcada incapacidad para empatizar con el sentir del otro.

Observamos en los niños autistas un anclaje en las propias sensaciones, una autosensorialidad que les permite mantenerse al margen del mundo. De esta manera permanecen en un estado de indiferenciación donde no existen diferencias entre ellos y los que les rodean. Frecuentemente viven al otro como una parte de sí mismos, lo que se observa, por ejemplo, cuando cogen la mano del adulto y la llevan hacia un objeto que les interesa tener.

Viven en un estado de no-integración de las sensaciones y las emociones, en exposición constante a ansiedades catastróficas (Viloca, 2003) o a angustias arcaicas (de caída, troceamiento, rotura, despellejamiento)

La autoestimulación (o autosensorialidad) aparecería entonces como respuesta compensatoria a estas angustias, creando "una segunda piel tónica y muscular sin afectos, ni deseos, ni fantasmas" (Aucouturier, 2004). La encapsulación o caparazón autista que Tustin nombraba. ¿Será por eso tan difícil traspasar sus fronteras con nuestras miradas, palabras y gestos?

A menudo, los niños autistas ven pero no miran, pensando en una intención de comunicación e intercambio. Generalmente, se mueven dominados más por esa autosensorialidad que los desconecta que por la motivación de ir hacia un objeto o persona para satisfacer un deseo. En ese sentido cabría entender los movimientos estereotipados con los que el niño autista consigue vivir en un estado de invariancia. "Sólo percibe las sensaciones que le producen estos movimientos; así se tranquiliza y se evade de experimentar las vivencias de incertidumbres que la relación con las personas le produce" (Viloca, 2003). Estas conductas repetitivas estarían

ocasionadas por la falta de simbolización y la dificultad para procesar las emociones y las sensaciones.

Los objetos autistas también son otro elemento que cabe tener en cuenta para entender más a estos niños y niñas, diferenciándolos de los objetos transicionales.

El objeto transicional es aquel que permite hacer presente la figura de la madre en su ausencia. Es un símbolo, no una cosa que se toma por sí misma (como sucede con el objeto autista), sino que se hace significante de otra cosa (Aucouturier, 2004). Es un recordatorio simbólico parcial de la madre (Álvarez, 2002). Generalmente es algún muñeco, peluche, tela, cojín, la mayoría de las veces blando por la asociación con la figura de la madre.

OBJETO TRANSICIONAL	OBJETO AUTISTA
Sustituto parcial de la madre	Reemplaza a la madre
Integra sensación-emoción vivida	No hay integración de sensación-emoción vivida
Prepara la función simbólica	Tiene finalidad en sí mismo
Uso temporal	Uso estereotipado, estático.
Busca mantener dentro el mundo vivo	Busca mantener fuera el mundo vivo
Generalmente blando	Generalmente duro

Por el contrario, y siguiendo a Tustin (1977), los objetos autistas son aquellos a los que el niño autista se adhiere eficazmente evitando cualquier situación desagradable. En el objeto autista, el símbolo es igual al objeto, no hay simbolización; el objeto es importante por sí mismo, para evitar el contacto y mantener los objetos vivos, humanos fuera de la mente del niño. Se mantiene un uso estereotipado y persistente del objeto, como algo que los contiene, protege y da una sensación de autosuficiencia. Son objetos que reemplazarían a la madre, no la sustituyen temporalmente como en el caso del objeto transicional. Pueden ser cualquier cosa (a veces es un objeto aleatorio que cogen antes de ir a la sesión), aunque algunas investigaciones coinciden en que generalmente es de características duras (¿búsqueda de algo que los contenga con más firmeza?).

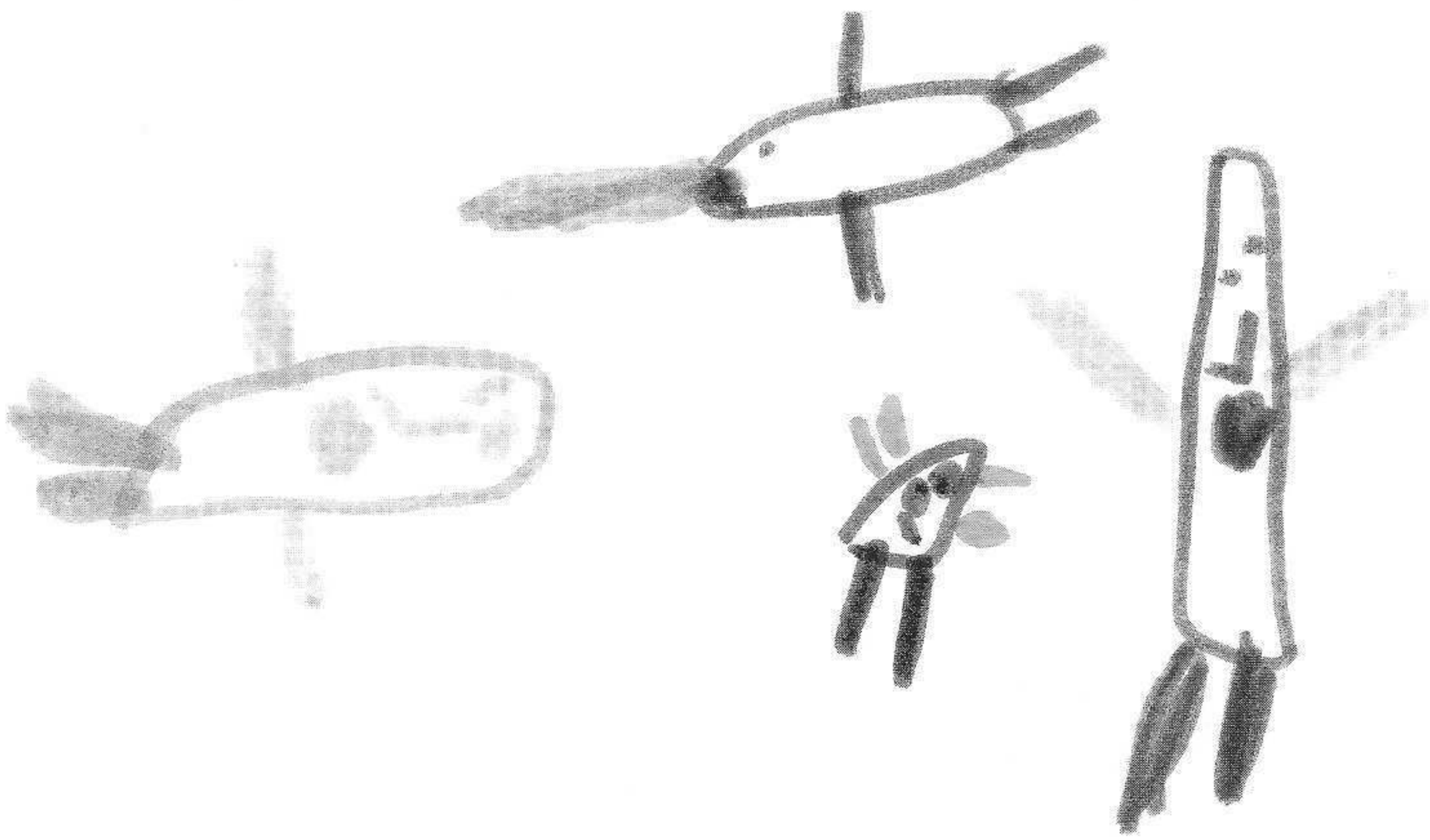
Desde nuestra intervención psicomotriz

Existen muchos factores que hacen posible que la psicomotricidad sea un espacio importante para el acompañamiento de niños con autismo; principal y básicamente por la capacidad de acogida, escucha y ajuste tónico-emocional a la que apelamos quienes nos enfrentamos a este tipo de intervención, para de esta manera poder "anclar con solidez los procesos de aseguración profunda, que sólo se pueden construir a partir del cuerpo en relación" (Aucouturier, 2004).

Frente a las angustias arcaicas que con frecuencia presentan estos niños, el clima de juego y la contención del encuadre y de la sala pueden ofrecer elementos de seguridad que les permitan poco a poco ir experimentando cierto placer en realizar diferentes acciones: equilibrios, desequilibrios, caídas, estiramientos, envolvimientos, arrastres.

Asimismo, el trabajo del proceso de diferenciación e individuación es una de las contribuciones más importantes de la *práctica psicomotriz*. A par-

D O S S I E R



RUT

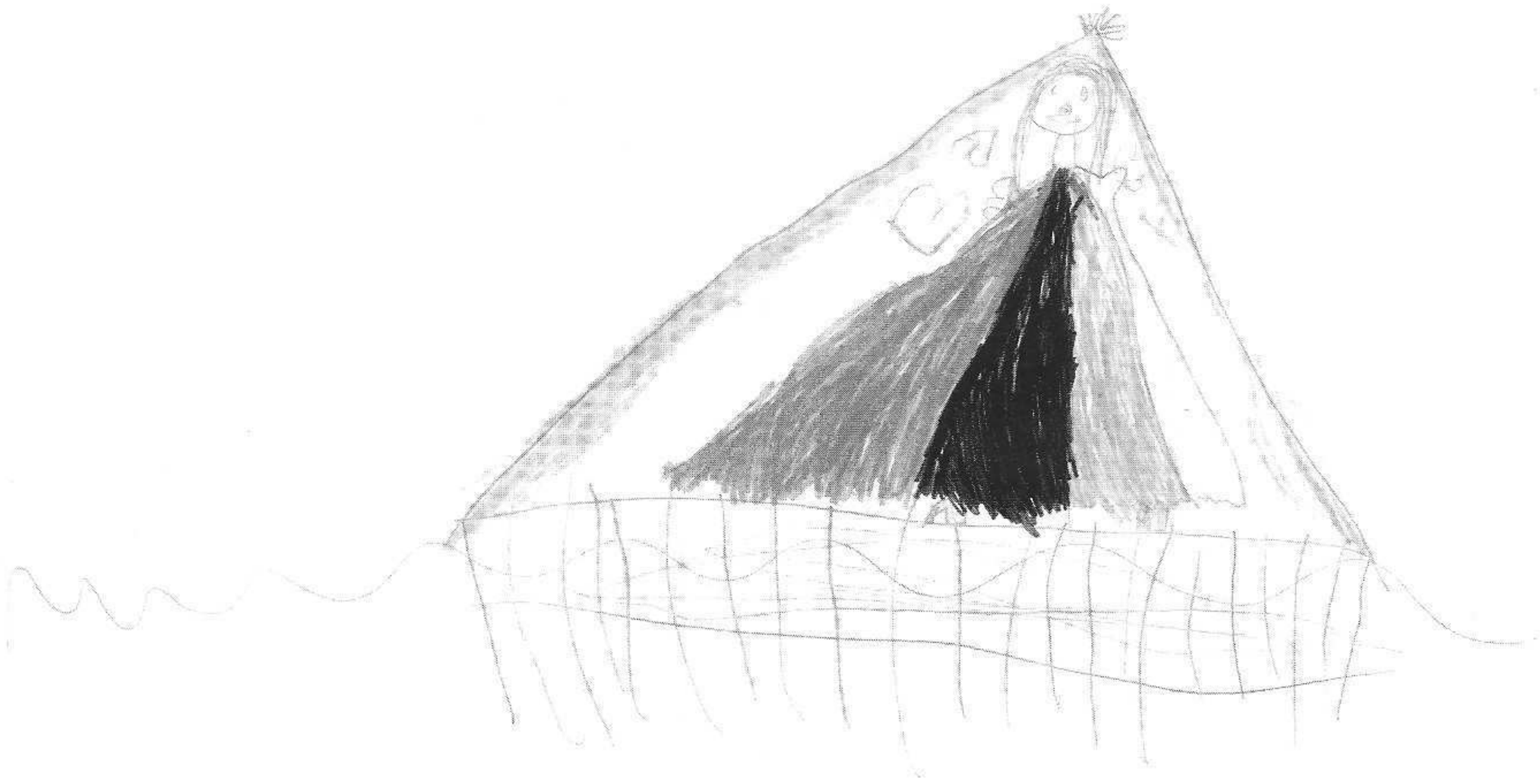
tir de la relación "uno a uno" que se va estableciendo, podremos intentar introducir la diferenciación desde diferentes ámbitos: Desde la palabra que describe las actividades que el niño realiza; desde la postura simétrica y el movimiento conjunto; a partir de los objetos que utilicemos (que muchas veces servirán de intermediarios de la relación, para hacerla más "tolerable"), etc.; todo ello con el objetivo de poco a poco ir interiorizando las fronteras entre el "tú" y el "yo", afianzando el proceso de identidad.

Los rituales tanto de salida como de entrada pueden servir para marcar con claridad el encuentro y la despedida, trabajando la capacidad para tolerar los cambios que en la gran mayoría de los niños autistas es bastante reducida. El dentro-fuera del encuadre de la sesión, el despedirse y luego encontrarse con los padres, el retomar la relación con el psicomotricista son situaciones que también aportan mucho al trabajo de individuación. En ese sentido es importante implicar a las familias para mantener un clima constante de calma y comprensión ya que seguramente habrá días en que sea más difícil tanto el entrar como salir de la sesión.

Las rupturas tónicas que como psicomotricistas podemos provocar para ofrecer alguna salida de las estereotipias y la autosensorialidad también pueden ser elementos que favorezcan la interrelación y la comunicación. Rupturas que tendremos que ir adaptando cuidadosamente a las características, el ritmo y los tiempos de cada uno de los niños con los que nos encontremos, dentro de un clima evidente de escucha y contención.

Como podemos observar, las posibilidades son amplias. Pero también existen las dificultades evidentes con las que nos encontramos, dificultad para mantener la distancia "suficiente" ante la autosuficiencia y autoestimulación con las que estos niños y niñas se protegen, frente a su escasa capacidad de empatizar y comunicar. Como señala Anne Álvarez (2002): "Cuán importante resulta la tolerancia frente al no comprender...", delante de los actos aparentemente sin sentido que realizan. Y al mismo

D O S S I E R



tiempo, en palabras de la misma autora, reconocer que "es difícil ser simultáneamente microscopio y telescopio, cuidando al detalle qué se presenta, así como lo que no se presenta".

La observación de lo que nos va ocurriendo a ambos en el transcurso de la sesión en el ámbito tónico-emocional, la capacidad de ajuste para no dejarnos invadir por las angustias que en muchos casos se presentan (sutil o evidentemente), así como el clima afectivo y cálido que envuelve los encuentros son elementos imprescindibles para enfrentarnos a este tipo de intervención. Afectividad y calidez que debería ampliarse al ámbito familiar, con encuentros periódicos que permitan ir compartiendo el proceso que se va realizando, así como un espacio de escucha para que las familias se sientan también contenidas.

De igual manera es muy importante, yo diría imprescindible, mantener una supervisión constante del proceso con algún profesional con experiencia en el tema, que nos permita ajustar esa "distancia suficiente" que muchas veces por nosotros mismos es difícil de regular, acompañándonos y orientándonos en la búsqueda de sentido de los elementos que van surgiendo en la intervención.

De esta manera, y conjuntamente, creo que podremos ir no sólo abriendo ventanas para que entre el aire fresco de la comunicación, sino también abriendo puertas para que pase y se instale una manera afectiva y humana de acompañamiento a niñas y niños con estas dificultades.

Bibliografía:

- Álvarez, A. (2002) *Una presencia que da vida.* Madrid: Ed. Biblioteca Nueva
- Aucouturier, B. (2004): *Los fantasmas de acción y la práctica psicomotriz.* Barcelona: Ed. Graó
- Tustin, F. (1977) *Autismo y psicosis infantiles.* Buenos Aires: Paidós
- Viloca, L. (2003) *El niño autista: Detección, evolución y tratamiento.* Barcelona: Ed. CEAC
- Apuntes de supervisión con Josep M. Brun (2002-2004)